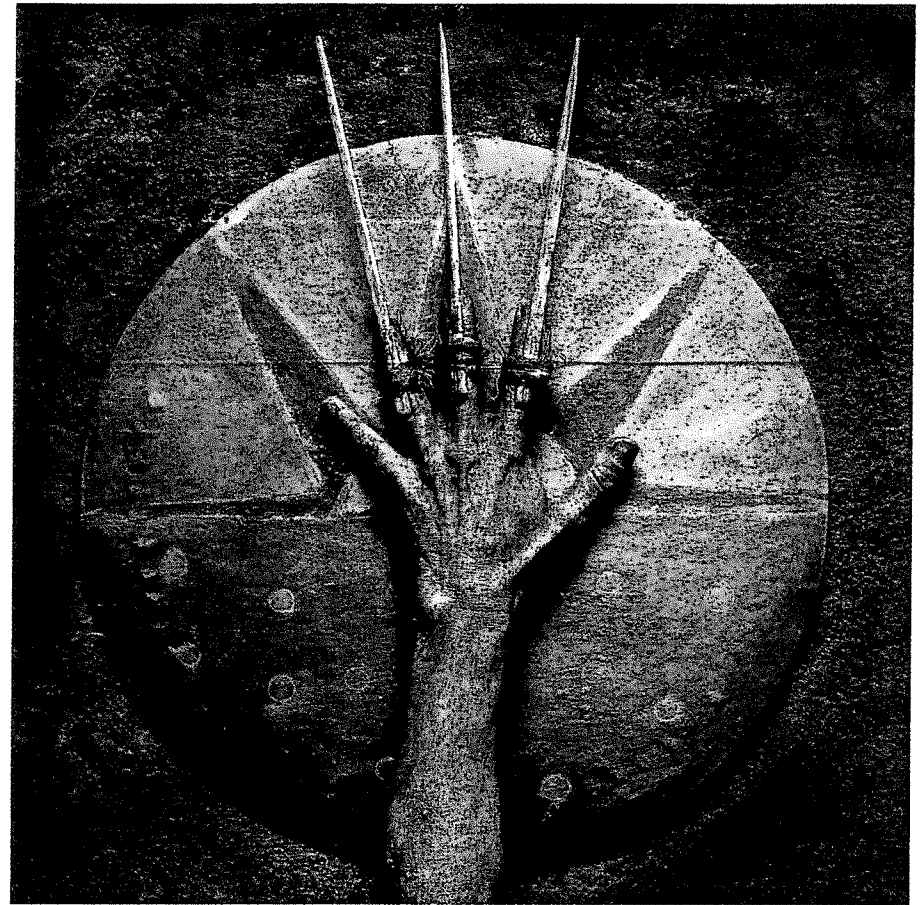


JAVIER SICILIA

TRÍPTICO *del* DESIERTO



Panel 1
Las cuentas en los dedos

Primera edición: 2009
Segunda edición: 2011
ISBN: 978-607-445-059-0
DR © 2009, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Calle del Trabajo 31, 14269 México, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido
total o parcialmente, por ningún medio o método,
sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

www.edicionesera.com.mx

*A la memoria de mi abuela Josefina
que un día me enseñó el Rosario*

Gozo

I

No sólo el río, tiempo incontenible,
sino la carne es un hermoso dios desnudo,
un puente edificado entre el allá y el acá,
débil, a veces fuerte y, no obstante, pleno en sus límites
como un ave tendida en el viento,
un signo en el abismo,
no una mera consecuencia de los dioses,
sino Dios mismo en su hueco,
en su presencia retraída
como un canto que emerge de los excavamientos del tiempo
y nos permite ser, habitar en su abismo;
ahora un enigma a descifrar,
un puente roto,
un problema de ingeniería genética,
no una presencia, un signo,
sino una maquinaria dejada ahí para ser usada como se
interpreta el átomo;
y, sin embargo, cuánta alegría hay en ella aún,
más dichosa y alegre que la delicia de Él en su articulación
de luz,
en su divinidad en flor:
polen de su decir,
tumultuosa delicia de delicias,

aparecer de Sí hecho carne
que igual que el río arrastra memorias, recuerdos
 olvidados, vestigios de la luz:
el Edén, la manzana, los fósiles, las eras,
los glifos y los templos,
las infinitas voces del tiempo y sus distancias
que nos hacen sentir lo inaprensible,
el sabor de su amor en su hueco excavado,
porque la carne tiene muchas voces, que ya pocos escuchan,
muchos rostros y voces donde se dice Él en su decir sin
 fin incapturable
como el silbo del barco entre la niebla
o el restallar del mar bajo la noche.

II

A la hora del alba
cuando la amarillenta niebla lame las ventanas
y el óxido del cielo entre la oscuridad y la luz
extravía las cosas que la noche ocultó
a la hora del alba
cuando el tiempo parece detenido y salimos de casa
 mirando sin mirar
con la ausencia ahuecada en los ojos
yendo a ninguna parte porque no hay parte alguna donde
 reposarse
a esa hora
cuando las voces son sólo un lamento indistinto
yo Ana hija de Fanuel
viuda de muchos años
aunque ciega de tanta espera lo vi en el templo
y un viento apartó tibio la memoria del polvo soplando
 hacia el desierto
a la hora del alba
hacia el día que no vemos
como si todo se hubiese detenido en su flujo
yo Ana vi y sentí el tiempo desatarse en mis venas
y fluir como el río llenándose de voces

¿Quién habita en el templo?
¿Qué memorias se guardan en sus paredes derruidas?
Yo Ana pude entenderlo porque he visto y conozco la
espera y el tiempo que cobija mi carne

*oscura y hermosa soy como el templo
como el grito del Ángel en la noche
en mí estaba el Consejo y la sabiduría
piedras preciosas eran mi manto
de oro mis aretes
y de repente conocí la tierra a la hora del alba
cuando el Edén subvertido se convierte en mundo
y el mundo en un garaje sin fondo donde todo está a
oscuras
y sólo hay humo y polvo y cosas inarticuladas
pero Él era entonces un viento para mí
que avanzaba en las cuatro direcciones
el día de Yahvé
con Malaquías que hablaba del Señor y del Ángel
allí nos alcanzó la lluvia
y saltamos alegres en los charcos
con el sonido de todas la voces sonando como un río*

yo Ana anciana de muchos días
de encarrujada piel y huesos ateridos
con un pobre y raído chal para calentarme
a la entrada del templo
vi y volví a sentirlo
porque él estuvo aquí
y el tiempo estaba en él
y el ayer y el mañana convergían
y todo se explicaba en mis venas

como el fluir del río
aquí en él allá y en otra parte
en el finito punto de lo interminable
en una carne dichosa
donde se cifra el tiempo y el mío
y el comienzo y el fin y el Alfa y el Omega

y yo Ana vuelta niña en mi encarrujada piel
anciana y hermosa como el templo
vi entre mis sombras
y sentí un tibio viento que apartaba la memoria del polvo
soplando hacia el desierto
y puedo irme ahora
puedo irme
puedo.

III

Todo está aquí, sí, todo
 –lo sabes, Ana,
 tú, que estuviste en el templo y te has ido sin irte–,
 porque este instante finito, esta presencia,
 este ser en la carne aún perdura en el hoy y el ayer,
 en la línea que enmarca el horizonte,
 en el gozo de todo que atestigua
 el mudo despuntar de la hoja en invierno,
 la caída del árbol y el sabor de la hierba,
 en mi fuego de carne que sabe de las cosas en su estar
 y se apropia del mundo y de sus voces
 más allá del instante en que transcurre,
 más acá,
 porque nada termina,
 todo se añade
 en esta permanencia en movimiento,
 todo cae con su peso milenario y se alegra de estar,
 de acumular el tiempo en su breve envoltura,
 mientras se abre a lo abierto que la hace posible,
 y heme aquí, como tú, en el templo de mi carne,
 sintiendo lo que no he de sentir,
 oyendo lo que nunca he de oír,
 transcurriendo, volviendo a casa,

como si no me hubiera ido,
 saboreando la hierba,
 la caída del árbol,
 el mudo despuntar de la hoja en invierno
 y la alta densidad del mundo acumulado.

No estuve el día en que mordieron del árbol la manzana
 y todo se hizo añicos,
 ni a las puertas de Tebas me detuve a adivinar lo oscuro,
 blandiendo mi ceguera cual se blande una lanza;
 no escuché al Señor en labios de Isaías encarnar la
 Palabra,
 ni con la Sulamita estuve debajo del manzano,
 ni en el lecho de Helena gocé de su hermosura;
 nunca entré en el Jordán
 ni sentí cómo el río llevaba las historias de los hombres:
 aceite y brea,
 flotantes leños de naufragios en dirección al mar más
 muerto que las dunas del Erg,
 donde todo es tiniebla y sal y voces confundidas en lo
 inarticulado,
 flotando,
 mientras mi carne, libre al fin bajo la luz del agua, señala
 el rumbo de lo que siempre fue.
 No estuve allí, no estuve, nunca estuve,
 y, sin embargo, estuve en este instante en que al pasar
 siento la hierba,
 la caída del árbol,
 el mudo despuntar de la hoja en invierno
 y la alta densidad del mundo acumulado en mi carne que
 no desdeña nada
 avanzando sin prisa,

llevando en su corriente la música callada oculta entre las
cosas,
el Verbo que se dice sin oírse
y que al hacer el tiempo refulge en cada cosa, en cada
historia.

IV

Heme de nuevo aquí,
más allá del camino de la vida,
desatando las voces,
tratando de decir lo que se dijo y se olvidó
y volvió a olvidarse en un mundo interpretado,
habitando mi carne como se habita el templo,
heme aquí
recuperando lo que estaba velado,
lo que las cosas guardan sin saberlo
y que el hombre extravió
hablando con espíritus
fisionando los átomos
sondeando las raíces jamás vistas por nadie
del sepulcro, los sueños, la materia,
pasmado ante un abismo derruido
heme aquí nuevamente
al final del camino más oscuro
diciendo lo que un día ya se dijo
y volvió a decirse
en el inmóvil punto del amor,
bajo la parda niebla de los días,
a la hora del alba,
en el profundo punto de la noche

heme aquí tal el templo,
cuando elevamos el misterio en el altar para atraer al Dios,
esperando asombrados con el rezo en los labios,
y sentimos de pronto al Dios aparecer en el vacío y reunir
 en su amor a las criaturas,
o como al caminar sobre una playa,
bajo el crepúsculo del cuervo,
contemplamos la huella que dejó un caminante,
heme aquí contemplándolo, sintiéndolo en su ausente
 existencia,
más allá del camino de la vida,
desatando las voces que posee,
reconstruyendo puentes,
diciendo lo que un día ya se dijo
y que late en la carne a cada instante,
indescifrable, eterno,
como el río que corre y dice entre sus voces la presencia.

v

¿Quién habita el incendio de la carne,
el Verbo que en su llama nos consume?
No podría decirlo, Hijo del Hombre,
y, sin embargo, en ella está el misterio,
su aparecer de Sí
que al ocultarse en ella devela su hermosura
y nos hace gozar lo inaprensible:
este incendio de Sí llamado carne,
este sentir que sabe de todo lo creado
y al saberse nos sabe, nos revela y nos vincula a ti,
a Su oscura belleza,
pues
¿qué sabríamos de Él sin esta carne,
sin este incendio Suyo y mío en ti?;
¿qué sería de nos si no nos contuviera en el lento
 consumirnos del tiempo y de sus años?,
pues sin ella, ah, Hijo del Hombre, tu belleza nos
 aniquilaría en lo oscuro
y no habría más ser que su sola presencia ocupándolo
 todo;

y hete aquí, como ayer,
como hoy,

más allá del camino,
como al principio,
cuando todo era polen de tu divinidad en flor,
devolviéndonos, dándonos lo nuestro que perdimos y
volvimos a hallar y a perder:
la palabra nombrada desde siempre
que es tiempo y hace el tiempo y vuelve y quema y
cambia y vive;
no un ruido entre los labios,
un chasquido en la lengua,
un signo inscrito en piedra;
no un pergamino, un libro,
una arbitrariedad lingüística,
un mapa del genoma,
salpicado de formas jamás vistas;
no un código binario,
no el incendio del mundo interpretado
en un fulgor vacío de sistemas,
mas templo,
sangre y carne viviente en su alegría pura,
canto que emerge de los excavamientos del tiempo.

Dolor

I

A esta hora, a ésta,
no a la del alba, sino a ésta
en que el tiempo dejó de ser el tiempo
y lo que fue iluminado está en sombras
y lo que tuvo luz está en tinieblas
y lo que estaba en mí es un recuerdo vago como el sueño
de los alucinados,
la mano de Yahvé fue sobre mí y me llevó a Reforma,
camino al Tepeyac,
donde ascendía, entre bocinas de autos, la muchedumbre
en todas direcciones
—secos cuerpos que crujen en el viento como huesos—;
era muy numerosa, y oí a Yahvé decir:
“Hijo del Hombre, ¿podrás hacer vivir estos huesos que
son toda la casa de la Iglesia?
Profetiza en los huesos”.
Yo, Ezequiel —que a orillas del Kebar anduve entre los
deportados
y vi los huesos revestirse de carne y abrirse los
sepulcros—,
vi aquello removido tan sólo por agencias funerarias
y a la Amada, señora de muchas comisiones, dama de
caridad,

apagar la comedia de las cinco, mirar el celular
y esperar al obispo con el café servido.
En la sala: pinturas de la Virgen, retratos de familia,
crucifijos flamencos, porcelanas, tapices,
mientras el fuego cruje una canción que no comprende ella
y el estruendo del viento silba entre los resquicios de las
puertas.

Ella está muy nerviosa.

El obispo ha llegado y la saluda con palabras melosas y
gastadas

(yo, Ezequiel, que contemplé los huesos revestirse de
carne y levantarse, padecí la visión con ojos azorados.

“Hijo del hombre, ¿podrás hacer vivir estos huesos?”).

El silencio se ha roto entre los dos:

“Tengo miedo del viento y del crujir del fuego. ¿Nunca
ha temido al viento?

¿No escucha como grita?”

Es sólo el viento, el viento, y el fuego que calienta.

“Y me llena de miedo...

¿Un poco de café?...

Oh, yo no tomo, ¿recuerda? No me deja dormir y me
altera los nervios...

Y este viento...

MARÍA, ¿DÓNDE ESTÁN MIS PASTILLAS?

No sé dónde las puse esta mañana.”

El obispo ha tomado la tacita y se sienta en el sillón
mullido mirando a la señora.

“Mi cabeza... Hoy no tengo cabeza para nada.

MI CHEQUERA, MARÍA, ¿DÓNDE ESTÁN MI CHEQUERA
Y MIS PASTILLAS?

Tengo algo para usted... ¿Cuándo terminará este viento?”

Es el viento que sopla y nada más.

“Sí, el viento y el fuego.

Aquí está mi chequera.

MIS PASTILLAS, MARÍA.

Y un poco de dinero para usted y sus pobres.

¿Qué harían esos pobres sin nosotros?

MIS PASTILLAS, MARÍA, MIS PASTILLAS.”

Oh, querida señora, usted tan generosa como siempre.

La otra tarde, en Fame, se lo dije al marido de Lu:

La señora Corcuera es gran cristiana, la Caridad le brota
por los poros.

¿Qué haría nuestra Iglesia sin usted?

“¿Qué haríamos sin ella?

Pero el viento, ¿lo escucha?

MARÍA, DATE PRISA, POR FAVOR, MIS PASTILLAS.

Si no tuviera fe, ¿qué sería de mí?”

Pero su fe es tan grande, tan grande, que la envidio.

La señora sonrío, se alisa con la mano los cabellos y mira
hacia la estancia.

“MARÍA, ¿CUÁNTAS VECES DEBO GRITARTE?

Estas criadas, Dios mío,

¿qué puedo hacer con ellas?
A ésta, la saqué de un chiquero y mire cómo paga.
Debería correrla, echarla para siempre.”

Tiene razón, señora, la servidumbre es mala en estos
tiempos;
se ha vuelto demasiado exigente (dijo y sonrió);
hable con ella, y dígale que otra gozará de lo que usted
le da.

“¿Se va usted tan pronto?
Le sirvo más café y un poco de galletas.
El viento me pone los nervios de punta.
MARÍA, MIS PASTILLAS.
Ojalá se quedara hasta que calle el viento.”

No es nada, es sólo el viento,
¿a qué puede temerle?
Vendrá María, tomará sus pastillas y encontrará el reposo.
Buenas, noches, señora, muchas gracias;
nos vemos el domingo.

“Buenas noches, mi padre,
rece por mí, rece.
MARÍA, MIS PASTILLAS; EL VIENTO ACABARÁ
CONMIGO.”

Y yo, Ezequiel, que estuve en el Kebar entre los muertos
y los vi resurgir;
yo, que sentí el viento de Yahvé como un batir de alas
que limpiaba la tierra
y el viento incandescente de su boca,

contemplé aquella escena con espanto;
“Hijo del Hombre, ¿podrás hacer vivir esos huesos?”

A orillas de lo incierto,
entre los deportados, me senté;
ya no tengo visiones,
pero a veces, a veces, a mis espaldas oigo
el hastío y los huesos que crujen con el viento.
“Hijo del Hombre, ¿podrás hacer vivir estos huesos?,
¿podrás hacerlos vivir?”

II

Las últimas plegarias de los labios se han hundido en la
iglesia
y el viento sopla frío sin oírse donde el Dios se ha
marchado.

“Dios mío, Dios mío, aparta de mí este cáliz.”
El templo ya no guarda cancioncillas de niñas,
sino santos de yeso, estatuas compungidas, *jingles* y
bagatelas
ni otras huellas del Padre,
y mi fe, luz de sombra, se ha marchado con él.
A las puertas del templo me senté a llorar.
“Dios mío, Dios mío, aparta de mí este cáliz”,
pues todo es sombra, viento en hierba seca,
y casi no recuerdo a qué he venido.

¿Quiénes son éstos, dime, que duermen en la tarde?
¿Alguna vez estuve con ellos en un sitio?
Sí, sí estuve con ellos,
pero cuando los veo en el templo desierto
ya no los reconozco, como si hubieran muerto.
“Oren conmigo, oren
porque la noche llega y ya no escucho al Padre.”

¿Qué estruendo es ése que viene de allá afuera como un
tropel de carros en batalla?
¿Qué ruido es ése como un fulgor de fuego que simula la
luz sobre la tierra herida
y me vela las cosas y obnubila la mente?
¿No escuchan el estruendo?
¿Por qué deben dormir a esta hora?

¿Qué templo es éste,
voces que llegan, voces de todas direcciones,
estallidos, tumultos, estatuas compungidas, *jingles* y
bagatelas?
¿Jerusalén, San Pedro, Montserrat, Guadalupe?,
y aquellos, los que duermen y no velan conmigo,
¿quiénes son, por qué duermen?

En el templo no hay nada,
sólo los puestecitos que venden esperanzas en estampas
gastadas
y el templo que no guarda cancioncillas de niñas
ni memorias, vestigios de la luz, recuerdos olvidados.

A las puertas del templo me senté a llorar,
mientras pienso en el Dios ausente
y en mi fe que ha quedado en tinieblas,
tiempo en las sombras, tiempo detenido
y huesos secos en la tierra seca
removidos tan sólo por agencias de entierros
—¿quién es éste que soy y no lo reconozco?;
si tuviera un espejo miraría tan sólo el agua que se vierte,
el río que ha perdido su cauce y su misterio
y la iglesia desierta en donde habita el viento.

“Dios mío, Dios mío, aparta de mí este cáliz”,
con el silencio dentro de mi alma;
¿quién puso esa inscripción entre el templo y la calle:
per me si va ne la città dolente –oh tiempo, tiempo
detenido–?
¿quién puso esa inscripción?
per me si va ne l'eterno dolore,
per me si va tra la perduta gente.

III

*It's not dark yet
but it's getting there*

Bob Dylan

No recuerdo a qué vine,
el sol quema y no hay sombra,
como si el tiempo, lejos de casa, se hubiera detenido
y no hubiese camino de regreso.

Hay una larga calle que sube serpenteando hacia otra calle
y los ojos no brillan.
Me dijeron que aquel que estaba vivo ha muerto.

No hay agua aquí ni árboles
ni siquiera un vestigio de su paso,
sino calor y cemento,
cables y edificios
y la calle que sube serpenteando hacia otra calle.

Si hubiera un árbol,
si tan sólo un árbol,
me echaría a su sombra a sentir,
pero hay tanto calor

IV

Te masticamos noche
todo el día bebemos y masticamos noche
como la negra leche del alba en Alemania bebemos
masticamos
y no cavamos fosas en el aire donde no hay estreches
sino noche y más noche cavamos sin saberlo
la muerte que no duele
la muerte que maestra de Alemania ya es de todos
bebemos y bebemos
te masticamos noche

ella juega con cables en la casa vacía
escribe de noche al mundo tu nombre Sulamita que
extraviamos
tu fruto de María que humillamos
mientras cavamos más hondo en la noche
cavamos y cavamos sin saberlo

no griten sólo caven más hondo en la noche
unos y otros caven más hondo sin moverse
enciende pantallas a nuestros ojos ciegos
donde se mira todo y no duele la muerte
y blande sus promesas sus ojos son vacíos
caven más hondo caven y tocarán la luz

masticamos la noche
todo el día bebemos te masticamos noche
creyendo que la luz nos envuelve
ella vive en tu casa
tu nombre Sulamita que extraviamos
tu fruto de María que olvidamos

no griten ya no hay música que acompañe a la muerte
la muerte esa maestra de Alemania la hemos vuelto
indolora
no griten sólo caven
no subirán ya como humo en el aire
a una fosa de nubes donde no hay estrechez
se borrarán cual letra en la pantalla y habitarán la luz de
los espacios

te masticamos noche
todo el día bebemos y masticamos noche
cual raíz ha crecido
cual retoño de tierra en el desierto
lo masticamos noche
el día lo derrite como cera
es óxido su aliento
carne de noche pegada a su garganta
polvo de noche
polvo de la muerte

lo masticamos
negra leche del alba a mediodía
bebemos y bebemos
la muerte esa maestra de Alemania que ella ha vuelto
indolora

sus ojos son vacíos
te seduce te acierta en el alma te regala la noche
luminosa de espacio
ella vive en tu casa vacía
tu fruto de María que humillamos
te regala la noche te simula la vida te anestesia la muerte
ella juega con cables
te hace soñar la dicha mientras cavas la noche
tu nombre Sulamita que extraviamos
tu fruto de María que humillamos
y el grito de la noche que pronuncia su nombre y que se
apaga
se apaga
se apaga.

v

A lo largo del tiempo el velo se ha hecho denso en casa
de Yahvé
y trenza sus coronas de anestesia y acero.
Allí bebí cenizas de los pozos y noche
y al encuentro partí de las ruinas del cielo en casa de Yahvé,
pues ha muerto el Señor,
ciegos están sus ángeles
y no hay nadie que vele en casa de Yahvé.

En las ruinas del cielo lo vi entrar en la noche.

Allí creció como retoño a espaldas nuestras,
tal raíz de desierto en casa de Yahvé.
Así entró por la noche y pronunció su nombre
y siento aún su incendio oculto en la espesura.

Gloria

I

Oscurecimos todo
para poder mirar la luz de donde vino oscurecimos todo
no dejamos un rastro en casa de Yahvé
ni siquiera una huella
sino noche en la noche oscurecimos todo
humillamos el río de la carne y su memoria
hasta volverlos noche de la noche en el silencio
 oscurecimos todo
licuamos cada parte de la sombra
cada uva de niebla
cada mosto de bruma oscurecimos todo hasta hacerlo
 indoloro
fingimos que era luz abrasados de sueños enlazados nos
 miramos la noche tras los ojos
oscurecimos todo y al final el cirio de la luz el cirio de la
 carne contemplamos emergido del tiempo incontenible
fruto de su decir vuelto llama
que lleva en él la cicatriz del tiempo
el Edén la manzana los fósiles las eras
el tiempo y sus misterios gravados en la carne donde un
 día empezamos
lo contemplamos todo al final de la noche
lo miramos idéntico a lo que siempre ha sido

una carne finita contemplamos
en su pequeño gozo
en su instante de ser hecho carne
que no desdeña nada
y no busca el futuro ni una medida más a su estatura
 contemplamos
cuando el último suelo devastado en la noche
fue el último lugar de la partida
y la creación y el fuego fueron uno en su diversidad sin fin
lo contemplamos todo al final de la noche.

II

Al fondo de la casa
en la luz que reposa en los armarios
el silencio relumbra
sobre los blancos pisos

vacío en el perchero
el traje del amado
duerme el sueño de la carne

el cirio está encendido

tras la ventana abierta
encima de los techos
las bóvedas se ahuecan
los firmamentos bogan
y el viento sopla leve
agitando la prenda.

III

Y tras la turbación conversamos tú y yo en el jardín
el día de la Ascensión

el Tú nos contemplaba tras los ojos al otro lado del templo

tu boca hablaba de Él
y tus ojos reían
el día de la Ascensión

un viento apartó suave tus cabellos
y el Tú nos contempló tras la mirada
el día de la Ascensión
nos tocaba en los ojos
en el uno y el otro nos amaba
nos decía el misterio por los labios
y ascendimos
como fuego en el viento
como un rezo en las bóvedas del templo
ascendimos
el día de la Ascensión.

IV

La mañana ha incendiado los prados

en la fuente de tu ojo
las llamas resplandecen
como el vino en el cuenco de tus labios

vibrabas en la luz
sosteniendo en las manos los misterios

el incendio del prado te rozaba
y en el cristal los mares se encendían
con la palabra Él

sólo éramos tú y yo
en el cuarto vacío esa mañana
y sin embargo fuimos tres
cuando la boca se deshace en lenguas
y las cosas relucen su incendio en la mañana.

V

En las urnas de arena
desnudo en la mañana
desnudo por la noche
habita el cuerpo de la Resurrección

bóvedas de cielo y suelo de tierra
el tiempo fluye en la creciente
ya cicatrizado

la noche descorre sus velos
el cosmos continúa
los vestidos caen
y los miembros a salvo en sus urnas de arena
aguardan como puntos luminosos en medio del silencio.

Panel 2

La noche de lo Abierto

Para Isolda

La noche es la carne donde lo Abierto oficia sus misterios.

Rompamos todo espejo entre tú y yo, apaguemos las pantallas y los micrófonos. La cercanía me sugiere que para ti tú eres, toda proporción guardada, lo que soy para mí: carne palpitante de la cual no tengo imagen. Tu palabra cercana, tu verbo, es ahora lo que liga tu carnalidad con la mía. Romper los espejos es romper las imágenes y salir del espacio-espejo de las totalizaciones. Tu mirada sin imagen es el don que tú me haces de mí mismo que, atento a tu voz, existo ahora bajo tu mirada. Espero ese don recíproco. Los silencios entre tus palabras no te hacen espejismo mudo o cuerpo totalizante en el espacio, sino que son la elocuencia de tu carne.

Jean Robert

El cetáceo
Ars poetica

*En el helado mar de fondo sii ojo me contempla
más terrible que el ojo del arcángel incrustado en sus alas,
más frío me contempla,
sin párpados me acecha
de tarde, de mañana,
me acecha al mediodía,
cada noche*

en el oscuro mar de fondo.

*No sé qué o quién es
—he mirado su lomo
insinuarse en las sombras
como helada montaña
al fondo de lo helado,
pero no sé quién es—;
una ballena acaso,
el terrible Yahvé
tras su velo nocturno,
el dios incognoscible
revelado en el signo atroz de la belleza.*

Pero sé que me mira.

*A veces,
cuando miro sui ojo,
los abismos emergen de su nada
y su horrible belleza me es una destrucción
impronunciable
como su oscuro cuerpo que se mueve en las aguas.*

*Cuando a veces me otorga la gracia de aceptar su vacío
en su cristal palpitan las cimas y los ríos,
resplandecen las sombras,
la desnudez se inclina
y contemplo dos pechos de mujer
cubiertos por un velo
—oh exacto paraíso—.*

*Y me dejo llevar sin saber bien adónde
por el helado mar de fondo
donde a veces en sui ojo
—como si en él vivieran
extraños espejismos—
los paisajes perdidos
volvieran a la vida.*

*Él bebe de mi sed,
la reparte y la bebe de mañana, de tarde, al mediodía
me bebe de sui ojo
más terrible que el ojo del arcángel,
más frío y misterioso
que el secreto del fuego en la ojiva del día
me contempla y me acecha,
me procura el espanto,
me insinúa la dicha y el sabor de lo Abierto.*

Mater amabilis

Cuando ella calla y se retira y no hay voz que consuele,
entra la noche, sube por la sangre
y sentimos bullir no el vacío,
no el hueco,
la nada del silencio que dejó la presencia,
sino el dios en la noche,
impersonal, profundo, inasible en los barrancos de la
sangre donde el viento se estrella
y los terrores más antiguos de la noche vuelven en la
distancia de los astros,
en el grito metálico del grillo,
en el duro horizonte de los perros
y en los ruidos del cuarto que la noche contiene.

En vano llamaríamos fuera de nuestro mundo oscuro,
él, el dios, está allí como un cosmos magnífico cuyo
rostro no vemos,
mas sentimos en la pura emoción de lo terrible.
Ella lo transformaba
cuando al interponer su menuda presencia a la disolución
nocturna
sus ojos en los nuestros se posaban y hacían surgir un
mundo amigo
domesticando al dios,
nublándolo en su rostro.

Qué bien sabía ella dar un nombre a lo oscuro,
y al cuarto de la noche hacerlo apetecible.
No había ruido nocturno que su dulce sonrisa no
explicara,
como si en ella todo
—el crujir de la duela,
la fusta de la lluvia,
el paso del insecto...—
encontrara un reposo desde siempre.

Cuánto alivio debajo de los párpados.

Pero en el fondo de la noche,
cuando ella ya ha partido,
¿cómo impedir las lianas,
los barrancos del dios,
el desorden salvaje de su origen inmenso invadir nuestra
carne
y sentir ascender el peso de las edades colmado de un
espanto ancestral?

Sí, antes de ella, él estaba en nosotros
velado bajo el agua de su vientre;
después de ella, él está en nuestra noche
con su savia que sube por las venas como un río sin fin,
un inmenso paisaje sin voz en la fatalidad de la noche.

Qué nos queda después sino aguardar,
la espera de la amada;
no la madre, sino ella, que se dice en la amada;
ella, el dios sometido a la carne,
a la compasión y al llamado del otro,

el dios por fin domesticado en la paz de su vientre y de
sus rasgos;
la amada que nos llama en su rostro y sus cosas cotidianas,
familiares y simples
donde el jardín perdido se rehace
y nos redime de la dominación de la noche.

El Otro

No es distinto buscar al dios
que de pronto encontrarlo en los rasgos amados.

Tan cercano estaba,
tan próximo a nosotros,
que pasamos ante él sin darnos cuenta,
como si sólo el dios habitara en el cosmos,
en el nocturno espanto de una revelación
donde no hay pausa alguna
sino el terror del ser inabarcable.

Pero el dios está allí, bajo el velo de un rostro,
sometido a sus rasgos,
disipado del caos,
y un día descubrimos,
en la exacta mirada de unos ojos que nos miran de lejos
su inasible presencia,
el contacto exquisito de su ser ofrecido en unos rasgos
y encontramos al dios bajo la amada;
no el miedo del haber que nos abraza en lo
 indeterminado,
su rumor que no cesa,
sino el dios contenido bajo un rostro
que nos rompe por dentro y nos desata
de la obediencia al cosmos;

inaprensible bajo lo aprensible,
disimulado en el enigma de sus gestos,
sucumbimos al dios presente a la mirada.

Cómo nos sobrecoge en eso incontenible que hay en ellos
y cómo, sin defensa, nos requiere en su pudor expuesto
que implora y pide nuestra solicitud.
Entonces nos rendimos a la soberanía de su desnudez,
a ese tú que redime la insoportable bendición de ser,
a la espera de un sí contenido en los labios,
y gozamos al dios, lo padecemos
en su huidiza presencia de tan próxima.

Cómo está y se escabulle en el óvalo abierto de los ojos,
en la concisa línea de los labios,
en el imperio de sus pies desnudos;
cómo lo poseemos y escapa a nuestra entrega,
cuando en la intimidad,
en ese contemplarse el uno al otro
consumidos de asombro
entramos en su abismo:
los labios entreabiertos,
la mirada extraviada en un follaje de signos
donde estalla el gemido inhabitable
y gozamos de un qué que nos elude.

¿Quién puede retenerlo,
conservar la presencia en los rasgos amados
que regresa y se va para volver de nuevo
como el aroma alado de la rosa?
¿Quién podría quedarse en ese tú del nosotros
que otra vez se diluye en el terror impersonal del él,

en el inmenso espacio marcado por lo oscuro?,
y, sin embargo, sólo ahí habitamos al dios,
sólo ahí su *mysterium tremendum* nos acoge,
sólo ahí al velarse se revela
como si su caricia en los rasgos amados
hubiese sido hecha de la misma materia que la nuestra
y en ella se nos diera
lo que de él nos viene y pertenece.

El tercero

Los amantes contemplan en el otro lo Abierto
—no la noche aparente que miramos nosotros con ojos
invertidos,
temerosos de entrar en sus abismos,
como si reteniéndonos pudiéramos eludir el camino
hacia el misterio,
sino lo Abierto, donde libres avanzan como avanzan los
ríos—
y olvidados de sí descubren en el otro lo Puro, virgen de
todo lo aparente,
como si en él, en su finita geografía, conocieran lo
inmenso.

¿Qué gracia les otorga esa mirada,
ese fluir sin deseo de conquista,
obedientes al flujo de su pura proximidad?

¿Qué los hace posibles,
a ellos que se miran frente a frente
y sienten el destino de su completud,
su suave comunión?

No lo saben, quizás
—tan extasiados viven en la respiración del infinito
que sólo el resplandor los ilumina—,

pero entre uno y otro,
en el “nosotros” de sus desnudeces,
en ese “¿quién soy yo, quién eres tú?”,
que sus labios pronuncian al oído,
extasiados de sí,
hay un tercero siempre,
que ávidos recorren sobre la geografía de su carne,
ciegos de luz,
y nombran al decirse “amor”.

Ni siquiera podrían ya reconocerlo en el rostro de un
niño alado,
en la paloma abierta como un deslumbramiento a mitad
de la noche,
en la pequeña luna levantada día tras día sobre el altar del
templo,
y, sin embargo, él está allí diciéndose en el enlazamiento
de los cuerpos,
en el borde sagrado de sus precipitaciones,
en la celebración del gemido que acoge lo inefable
convocando lo Abierto,
y al encarnar al dios en su trina intimidad
nos dicen el anuncio de nuestra dicha en él,
como si entre ellos,
desbordados de fuego en el umbral de sus cuerpos,
el dios prefigurara nuestra resurrección.

Lo Abierto

A nosotros, que erguidos caminamos
como si en ese gesto se ocultara el sino de nuestra
condición,

*no el animal que avanza a ras de tierra hacia lo Abierto,
un atrás y adelante en el acontecer del infinito;
no el árbol que enraizado
–la boca entre la tierra,
el sexo contra el viento–
habita el puro espacio de su inmovilidad;
no el ángel, demasiado perfecto en su belleza,
esencia fabricada de espacio,
ave de luz suspendida en lo eterno;
sino nosotros que avanzamos a tientas
entre el cielo y la tierra, aterrados de muerte,
excavados de huecos;*

a nosotros, *viatores*
–que a la vez anhelamos la tierra y lo celeste
y no estamos en paz con nosotros mismos–,
sólo el amor nos salva de la angustiada fuga hacia
adelante,
como si en los contornos de lo amado lo Abierto se cerrara
y el hueco de la carne encontrara el reposo en lo creado
y no viera la muerte,

sino un allá anunciado,
contenido en los límites del cuerpo.

Los amantes lo saben,
ellos que tan cercanos uno al otro
se miran asombrados en lo Abierto que sus ojos descubren
en sus ojos.

Mas ni el uno ni el otro lo franquean
y regresan al mundo.

¿Será tal vez el miedo al llamado infinito
o la dulce nostalgia de quedarse por siempre en lo creado
que nunca los retiene?

O quizás ése sea nuestro sitio,
el lugar de lo eterno que nos corresponde:
contemplar y sentir el infinito arropado en la carne,
en ese mutuo darse el uno al otro,
mientras la lenta fuga hacia lo Abierto nos permite
habitar la duración,
ese ya pero aún no
que los amantes viven al rozarse la piel;
esa eterna presencia
que nos hace presentes en el tiempo inasible
como una tenue grieta
en la alba porcelana de lo Abierto.

El sobreviviente

Toda ausencia es atroz
y, sin embargo, habita como un hueco que viene de los
muertos,
de las blancas raíces del pasado.
¿Hacia dónde volverse?;
¿hacia Dios, el ausente del mundo de los hombres?;
¿hacia ellos, que lo han interpretado hasta vaciarlo?
¿Hacia dónde volverse que no revele el hueco,
el vacío insondable de la ausencia?
Hacia ellos, los muertos, que guardan la memoria
y saben que no estamos contentos en un mundo
interpretado.

Mas las sombras, las sombras que la interpretación provoca
y nos separan de ellos,
las sombras con su viento todo lleno de la abierta ventana
hacia el espacio,
las sombras donde no hay anunciación
trabajan nuestro hueco.
¿Será que ya no hay nada atrás de ellas,
o el oscuro dolor por nuestros muertos
—como el amanecer que empieza a medianoche,
a la hora más oscura de la noche—
anuncia su retorno en el sigilo?
¿No es tiempo de encontrarlos nuevamente

donde nada parece retenerlos,
así el *roshi* descubre el todo en el vacío que no contiene
nada?

Tal vez sí, porque sus voces vienen de lo oscuro,
de su vacío vienen
como un rumor de río en un riachuelo,
como un dulce reclamo imperceptible,
como una tenue estrella entre las sombras
vienen sus voces, vienen desde lejos.

Óyelas, corazón, como sólo los monjes sabían escucharlas
atendiendo en el rezo su incesante llamado
con los pies en la tierra.
Así los escuchaban,
escuchando el arriba y el abajo,
preservando en sus tumbas el suelo que habitaron con
nosotros.

No es así que tú puedes escucharlos en el espacio en
sombras de un mundo interpretado.

Pero escucha la queja de lo Abierto,
el mensaje incesante, esa advertencia que viene desde lejos,
ese rumor tan suave que casi nadie escucha
y llega a ti de todas las iglesias,
como si en esas piedras, que guardan la memoria de los
muertos,
habitara la llama de su estar con nosotros,
de su sola presencia en la resurrección,
y recorriera un poco nuestras sombras.
Porque es difícil vivir en un mundo sin ellos,

difícil no sentir a nuestros muertos alimentando las obras
de los hombres;
difícil no seguir sus costumbres, que apenas conocimos;
difícil habitar en las sombras
como un alucinado que repentinamente recobra la memoria
para luego volver a su intemperie;
difícil ver aquello que los hacía nuestros flotar en el
espacio y diluirse.
Estar vivo es penoso,
y nosotros, nosotros, que los necesitamos con sus graves
secretos,
nosotros, que sabemos que no podrán volver a un mundo
interpretado,
a veces escuchamos, como un ligero viento, ascender de
las sombras
la música primera
que forzando la nada trajo a Eurídice al mundo;
una nota tan tenue, tan pura como el Cirio
que promete su vuelta en medio de las sombras
y nos trae el consuelo.

El límite

¿Quién es ese que miro ante el espejo?
¿Soy yo, acaso yo,
o tan sólo es el cuerpo que me vuelve presente en los ojos
del otro;
un rostro inhabitado
como el azogue helado en el que me contempla?

Quién entonces soy yo,
sino este estar aquí, más acá del espejo,
esta carne que siente y no puede mirarse
—ebria de luz y de deseo ebria—,
este umbral, este límite
que contempla su cuerpo en el espejo,
mas percibe en la carne
el Abierto esplendor que hay en las cosas
donde a veces,
al cerrarse los ojos en el rezo
para abrirse al abismo de otra noche,
lo invisible aparece como el traspasamiento del deseo
cuando se abre a mitad de una mirada,
pues no hay nada en nosotros
que no haya sido carne,
que no se haya sentido en sus sonoridades.

¿O no tú, para arder en nosotros,
tú, Padre, te rendiste a la carne?;
¿no en tus entrañas, Madre, comenzó él en nosotros
su imperiosa elección de aparecer?
Él tenía la gloria, mas al romperla,
al renunciar a ella para entregarse al mundo de tu carne,
hizo sonar su más profunda claridad en nosotros;
¿no Helen Keller,
a quien todo escapaba,
se dijo desde el tacto de su carne
y habitó entre los hombres y las cosas?

Ésa es la dicha:
sabernos en los otros y saber de los otros, no en sus cuerpos,
no en el éter del ángel que contiene el espacio;
no en la química,
hielo de isometrías, hélice doble, gema invisible del
sentido,
sino en su emanación, que llega desde el fondo hasta
nosotros,
carne de dicha, fuente,
escultura del tiempo,
estancia de delicias,
pasadizo de esencias,
límite de la luz,
bisagra de lo inmenso,
que irradia su belleza y recoge la de otros,
como otrora los santos
recogían en la luz de las cosas el mensaje incesante
que viene del silencio y perduraba en ellos
como la persistencia de lo eterno.

La transfiguración

Estar aquí ya es bastante,
no porque exista el gozo de la dicha
—sólo un cambio de luces en medio de la noche—,
mas porque todo aquí extrañamente nos reclama como a
sus mensajeros,
—a nosotros, más mortales que todas las criaturas—,
como si en nuestra carne, que sabe del destino,
el mundo descubriera el llamado inefable y pidiera su
transfiguración.
Así, llevando su esperanza con nosotros,
avanzamos a tientas hacia el otro reino,
al Tabor de la tierra.

Mas nosotros, ¿creemos todavía en él,
nosotros que habitamos un mundo interpretado
y no sabemos ya nuestro destino
ni el secreto decir de las criaturas;
nosotros que, olvidando la misión,
caminamos a solas con el rumbo extraviado,
como ovejas en busca de un pastor?

Mas que importa.
En nosotros pervive la infinita experiencia del amor,
una palabra pura que resuena a pesar del despojo en
nuestra carne,

como resuena un fósil en la dura memoria de la roca.
Ahí el reclamo vive
y en cada abrazo, en cada mirada compasiva,
sin saberlo nosotros,
pasamos el umbral y develamos el reino,
esa transparencia de los actos,
esa correspondencia que ilumina el allá en el acá.

Así, sin saberlo, cantamos el mundo en Dios
y mostramos lo dichosas que pueden ser las cosas,
nuestras y sin pecado;
cómo en su ingenuidad y su dolor
se transfiguran de pureza
para elevarse a lo invisible
y cumplir la esperanza de su reclamo en nosotros.
Vivir, eso es bastante para habitar la tierra.
Una sola primavera en el amor,
una sola basta para ser de ella
y en cada abrazo, en cada mirada compasiva,
en un ir de la mano hacia algún sitio, transidos de misterio,
llevarla con nosotros sin saberlo
hasta su transfiguración en lo invisible.

Y entonces hubo el *ruaj* sobre la nada,
sobre ti lo dijiste,
el *pneuma* respiraste
—un decirse de sí sobre sí mismo,
una articulación que al nombrarse devuelve,
en un exacto espejo,
su belleza extendida hacia sí mismo—
y lo que está en él se hizo afuera:
claridad de la luz,
espejo de mil formas,
jerarquías, umbrales,
puentes, escaleras,
pasadizos del verbo hacia sus labios,
que irradian su belleza y se ordenan en él,
como si el dios se hubiese retirado en su palabra
para hacerse presente
—porque si él viniera,
si acaso él viniera detrás de las estrellas,
si diera un solo paso fuera de su palabra,
su solo aliento ocuparía todo hasta matarnos,
pues sentirlo es tocarlo en los sentidos,
límite donde el *ruaj* nos aspira y respira su palabra en
nosotros—,
y de pronto el vacío, la interpretación,
la inteligencia, soledad en llamas,

llama tras llama hasta incendiarlo todo en un tumulto de
átomos y *quanta*
al fondo de una niebla donde el humo del dios se diluye
en el vértigo.

¿Quién percibe hoy el *ruaj*?,
en medio del tumulto,
parado en el borde de un andén del metro,
mientras se mira un túnel entre dos estaciones;

en el vaho que dejan los paseantes en los escaparates,
bajo luces de neón que simulan la luz
—nocturna noche dentro de la noche.

¿Quién percibe hoy el *ruaj*?,
en las conversaciones que aumentan de volumen
y lentamente bajan al silencio donde no oímos nada
sino la dura ausencia del vacío
y el espanto poblado de no tener qué decir;

entre los artefactos y objetos de consumo,
detrás del hipertexto
donde a solas miramos un mensaje sin lengua
pasmados como moscas en medio de la noche.

¿Quién percibe hoy el *ruaj*?,
bajo los microscopios,
en el abierto espacio de la noche,
en la belleza que no retiene nada,
esa pura apariencia de las cosas que se olvida y diluye
como se olvida un drama en el televisor
y quita de las cosas lo que de ellas en él nos pertenece.

¿Quién percibe hoy el *ruaj*?

Se ha vuelto más delgado que aquel largo decirse sobre nada,
que aquel largo exhalarse sobre sí,
más intangible y frágil,
un filo tan fino y tan delgado
como esta suave atmósfera que tú y yo percibimos
cuando en la brisa de la noche entramos en la alcoba uno
en otro
y en nuestra carne vibra un extraño lenguaje
que devela el aliento de los mundos
y al regresar del éxtasis sentimos cada cosa en su exacta
medida:
esto es agua, ventana, lecho, cosmos...,
maravillas del dios, palabras de su aliento,
jerarquías, umbrales,
puentes, escaleras,
pasadizos del verbo hacia sus labios
que tú y yo percibimos
cuando en la brisa de la noche entramos en la alcoba uno
en otro
y en nuestra carne vibra ese extraño lenguaje
que viene desde lejos
y se dice en nosotros como un breve destello de su *ruaj*.

Tercera anunciación

Recordando en ti las "Primeras citas"

A la memoria de Arseni Tarkovski

*A pesar de las sombras
del trasquilado tiempo
el instante en que tú y yo estamos juntos
es una anunciación*

*el mundo se pasmaba
y tú y yo entrelazados íbamos
por los misterios de la noche
apartando los velos
hacia adentro*

*crecíamos
con un vértigo de alas
—como el día en que el ángel
se encendió en su oído
congregando lo Abierto—
y el alba me envolvía de ti
convocado en tu carne*

*al llegar el silencio
tu desnudez ardió en el reposo
y en tu vientre los mundos se rehicieron
mientras la audacia ascendía a mis labios
"Dios te salve"*

*ahí me conducías
trasfigurando todo*

*hasta las cosas simples
recobraban sus nombres
cuando en tus labios la palabra tú
me revelaba y hacía el paraíso*

*en el instante en que tú y yo estamos juntos
y entrelazados vamos
como seres celestes
habitados de suelo*

*mientras afuera el mundo anda en tinieblas
y el tiempo nos trasquila inútilmente.*

*Panel 3
La estría en el yermo*

Para Diego

¿Qué es este mundo sino la ausencia de Dios, su retiro, su distancia (que llamamos espacio), su espera (que llamamos tiempo), su huella (que llamamos belleza)? Dios sólo pudo crear al mundo retirándose (de no ser así sólo habría Dios), o manteniéndose bajo la forma de la ausencia, del secreto, del retiro, cual una huella que dejó en la arena durante la bajamar un caminante desaparecido, único testimonio, a un tiempo, de su existencia y desaparición.

Simone Weil

Aquel mismo día iban dos [...] camino de una aldea llamada Emaús [...] Jesús en persona los alcanzó y se puso en camino con ellos. Pero ellos tenían los ojos incapacitados para reconocerlo.

Lucas, 24: 13-17

I

Agosto no es abril, el mes más cruel,
es el verano,
arropa la espesura con frutos de los árboles
y preserva en la tierra los recuerdos perdidos.
Nos sorprendió la tarde,
extraviados en una selva oscura,
nel mezzo del cammin di nostra vita
—o tal vez más allá—, vendimiando,
triturando las uvas en el lagar del mar;
el mosto de las olas te lamía los pies,
subía por tus muslos hasta encender la tarde con la
sangre del dios.
“¿Qué es esto —me decías— tan dulce cual la uva que
fermenta en mi adentro y no me deja en paz conmigo
misma,
como si ahí se recordara algo que estuvo y ya no está:
un vestigio del dios en las fiestas de Eleusis
o la ebria sequedad de los días de Pascua
que ya pocos recuerdan?”
Nos vimos en verano, con el ruido del mar sobre Puerto
Escondido,
hablando de estas cosas, cobijando
esa brizna de vida con recuerdos;

nos mojamos los pies como antaño en el mosto
y cruzamos la playa hacia las rocas,
con el rumor de ciega muchedumbre en la *città dolente*.
“Ya nadie lo recuerda –me dijiste–,
nadie puede saberlo ni acaso imaginarlo,
pues sólo conocemos una pila de imágenes ya rotas
en donde el sol no alumbra, el árbol no cobija,
el vino es sólo vino
y el ciclo de los meses en mi entraña, la oscura
menstruación y nada más;
nadie puede saber lo que se guarda ahí,
pues aquí sólo hay sombra,
bajo esta roca roja que es el mundo.”

Ponte a la sombra de esta roca roja,
como en la antigua cueva, pero de cara al fuego,
voy a enseñarte no lo diferente,
sino lo que es y ha sido en una estría del tiempo.

Al volver de las rocas, por la estría del mar, camino del
hotel,
tú y yo, Isolda, hablando de estas cosas, como en el
primer día, amándonos,
mientras la uva fermentaba en tu adentro, como fermenta
el cosmos en sus ciclos,
vimos, bajo esa roca roja,
permanecer el tiempo en el canto del mar y su voz que
regresa,
entre el *ruaj* de Yahvé y la hora de este ahora,
antes del desayuno de los huéspedes,
de las palabras huecas,

de la amarilla niebla en la ventana
y el ruido de mil mundos que se acaban;
antes del sí y del no,
de decir mil te quiero
y consumir un pan con el café,
en ese hueco abierto en el vacío,
tú y yo vimos, bajo esta roca roja, permanecer el tiempo.
No estábamos ni antes ni después,
no estábamos ahora
–porque el pasado fue, el futuro no está
y el presente se pierde como se escurre el agua en
nuestros dedos–,
sino aquí, en nosotros,
contemplando el corazón del tiempo,
la inmutable presencia del amor que siempre permanece
en el oleaje
y hace posible el tiempo
y el ciclo de tu entraña,
los secretos de Eleusis
o la alba Navidad y el paso hacia el origen
–los rostros del amor en su aspecto de tiempo–,
mientras todo se mueve, todo pasa, bajo esta roca roja,
y tú y yo vamos camino del hotel,
por la aguja que zurce el ayer con el mañana,
fuera y dentro del tiempo,
en el verano que arroja la memoria,
abriga la espesura con frutos de los árboles
y preserva en la tierra los recuerdos perdidos.

II

En el silencio está el principio
y en la palabra el fin y viceversa:
así el silencio se mueve en lo oscuro
y oscuro es el dios,
oscura su presencia,
oscura su palabra contenida que aletea en lo oscuro,
donde el vacío se abre de repente
como un grito de amor en la faz del abismo,
como un hueco en la nada,
un suave retraerse del dios y de lo oscuro
en el desatamiento del silencio.

Y del vacío el verbo resonando de dios,
el silencio hecho canto en la palabra.

Así, día tras día, las palabras resurgen de lo oscuro,
crean, se desmoronan, se desatan,
caen como casas llenas de ladrillos,
como un rayo en el bosque la palabra ilumina,
canta de fuego en fuego en el incendio
hasta volverse carne, huesos, rostro
y volver al silencio iluminada.

Y en ese desdecirse, que es decirse del dios,
en ese eterno hueco de lo oscuro,
todo surge y se nombra,
todo es tiempo,
tiempo para la luz y las tinieblas,
para el ayer y el hoy,
para andar, tú y yo, camino del hotel, más allá de la
historia
contemplando en la estría que deja el mar al retirarse,
este hueco insondable de lo oscuro;
tiempo para el silencio y la palabra,
para el fuego y la danza,
para decir te quiero y saber que hay un orden que nos
nombra y nos hace posibles,
un tercero que canta
en la noche sin fin de la tiniebla;
tiempo para la angustia y la zozobra,
para ordenar la casa
y sentir que la muerte como el viento
entra en los huesos flojos
y nos lleva al silencio,
al fuego inextinguible de lo oscuro,
donde en su hueco abierto nos miramos en otro,
llevando en la palabra de la carne
el dolor y los goces por fin transfigurados en el largo
vacío
donde el amor desnuda su silencio en palabra
y la palabra es luz en el silencio.

III

Hueco, hueco, hueco,
todo viene del hueco,
la palabra y el cosmos,
la luz y la tiniebla,
los espacios vacíos
y las aguas de arriba y las de abajo,
todo viene del hueco,
las bóvedas del cielo, las lumbreras,
los ciclos de los días, lo viviente,
la uva que fermenta en tu entraña y vuelve con los meses,
todo viene del hueco,
y del hueco la vida,
la historia y sus prodigios,
el tiempo y el reloj
y tú y yo y nosotros en lenta procesión hacia lo hueco,
porque no hay más que hueco,
porque todo es del hueco y al hueco pertenece,
incluso los banqueros, los saciados de sí,
los que pretenden aumentar un codo a su estatura,
dominar la caída del cabello y llenar el vacío,
distinguidos políticos, señores empresarios,
custodios de la fe en el progreso,
todos vienen del hueco y al hueco se dirigen.

Empobrécete toda, Hija del Hombre,
hasta volverte nada,
porque sólo la nada es la presencia en el tiempo,
porque sólo la nada es la presencia,
porque sólo la nada,
porque sólo.

Así los artesanos van moldeando la arcilla
en la fabricación de una campana,
pero es el hueco quien permite el sonido;
así abrimos ventanas y puertas de una casa,
y es el hueco el que acoge la luz para habitarla.

Empobrécete toda, Hija del Hombre,
hasta hacerte vacío,
porque aquello creado que te asombra
es el hueco del dios que se retira;
porque aquello que ves en Navidad
es la mudez del dios en su palabra;
porque aquello que miras en la Pascua
es el hueco del dios en su renuncia,
y eso que no eres es lo único que eres
y ahí donde no eres es posible la vida.

Y yo, Pitia de Delfos, Virgen Roja, hija de Eckhart,
encerrada en los muros del sanatorio de Ashford,
sibila de tres mundos,
vi, más allá de la *hybris*,
tras de la cruz gamada y el horror de los *Lager*,
tras el júbilo atroz de las dominaciones futuras,
vi al dios resplandecer como nada de sí,
como ligero viento en la brisa del alba,

como hueco y estría,
como la suave huella que deja un caminante al bajar la
marea,
vi al dios resplandecer en la ausente presencia del secreto
y en la luz que resuena en el silencio.

Empobréctete toda, Hija del Hombre,
y no guardes del dios idea alguna,
porque una idea sería demasiado;
empobréctete toda, hasta ser nada,
porque sólo en la nada el hueco del amor se hace
visible,
porque sólo en la nada el hueco del amor,
porque sólo en la nada,
en el brillo desnudo de la nada.

IV

Nel mezzo del cammin di nostra vita
—o tal vez más allá—,
extraviados en esta selva oscura,
nos sorprendió el verano, camino del hotel, sobre Puerto
Escondido,
hablando de estas cosas
junto a la multitud que fluye como un río cenagoso de la
città dolente,
cada quien con la vista clavada en sus pies,
creyendo dirigirse a alguna parte
cuando, *secondo che per ascoltare*,
non avea pianto mai che di sospiri
che l'aura eterna facevan tremare,*
que nunca imaginé que fueran tantos
los que ciegos caminan sin memoria.

Así nos sorprendió la tarde, cuando
en el lapso dejado entre dos olas,
entre el río de muertos, contemplamos

* [...] según aquello que escuchaba,
no había otro llanto que el de los suspiros
que hacían retemblar el aura eterna (Dante, "Infierno IV": 25-27).

a un tercero que iba a nuestro lado,
deslizándose siempre con su capa parda,
un tercero que, dicen, habían matado en la *città dolente*;
nos compartió su pan,
y supimos entonces
que el camino que baja es el mismo que sube,
que el tiempo no es el tiempo,
sino el vasto vacío del que emanan las cosas;
así nos sorprendió el verano,
junto a la multitud que arrastraba los pies con lenta furia,
fuera y dentro del tiempo,
en el vacío que lo hace posible e intercepta la historia
donde tú y yo andamos camino del hotel.

Aquí no hay infierno –dijo el tercero,
al que a veces veíamos,
arrebujado tras su capa parda–;
aquí no hay infierno,
sino un hueco en la roca que miran los que tienen ojos
y oye el que tiene oídos;
aquí no hay infierno,
sino una larga estría dejada sobre el yermo,
donde tú y yo andamos, camino del hotel,
escuchando el silencio que dice la palabra;
aquí no hay infierno,
ni crujido de dientes,
ni camino que sube a alguna parte,
sino una multitud que no quiere mirar,
que no quiere escuchar.

Nel mezzo del cammin di nostra vita
–o tal vez más allá–,

camino del hotel,
nos sentamos tú y yo, Beatriz,
a orillas de la roca,
en la estría del mar,
con la ciudad doliente a nuestra espalda
y el bullicio de ciega muchedumbre como un rumor lejano,
hablando de estas cosas, asombrados,
sintiendo a ese tercero, que a veces vemos,
dar la vuelta a la llave
tras cuya puerta abierta
lenguas de fuego se entrelazan en el oscuro hueco
por el que todo danza y en él se transfigura
por los siglos, de los siglos,
amén.